

PENSAR LA UTOPIA*

I – INTRODUCCION

La conmemoración del V centenario del nacimiento de Tomás Moro ha sido ocasión propicia para pensar en la utopía. Pero más que pensar en la utopía se trata en verdad de pensar la utopía. ¿Es posible? ¿Qué significa?

No se pretende aquí presentar un panorama histórico con los múltiples usos de ese vocablo desde su invención por Moro, ni tampoco referirse a las realidades que, antes del uso explícito del término, preludivieron su aparición. Sin perder de vista las enseñanzas de la historia, importa más bien preguntarse por la utopía como categoría filosófica mostrando sus legítimos fundamentos posibles frente a las exigencias de la razón.

Enfrentar semejante tarea tiene no poco de desafío. Por la espontánea desconfianza que suscita generalmente la expresión, pero también y más profundamente por el desconcierto que engendra su uso tan variado como contradictorio. En medio de esa maraña es posible, con todo, abrirse camino: Ofrece para ello su inestimable ayuda la enseñanza de grandes pensadores, tanto pasados como actuales, que usando o no la categoría en cuestión, apuntan en una dirección que quizá sea lícito incorporar definitivamente al bagaje filosófico como la dimensión utópica del espíritu humano. A lo que, como se verá, el mismo cristianismo y hasta la Iglesia Católica en su más alto nivel están lejos de permanecer insensibles.

En otros términos, la utopía ha dado y sigue dando que pensar. Por lo mismo, ella misma debe ser pensada, más exactamente, debe ser pensada por sí misma. Así, pues, de pensar en la utopía a pensar la utopía. Del hecho a su justificación filosófica.

* Texto ligeramente corregido de la conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Bs. As., con ocasión del Ciclo de conferencias ofrecido en el Centenario del nacimiento de Tomás Moro con el título *La Utopía en la historia del pensamiento* (29 IX ; 3-XI 1978).

II – ITINERARIO

Las etapas del itinerario que va desde el hecho hasta su justificación, mostrarán, primero, en la misma complejidad del hecho una invitación por pensarla que se abre camino a través de una verdadera maraña literario-filosófica. Esa invitación llevará, luego, al esfuerzo positivo y personal por pensarla como categoría racional. En tercer lugar, a partir de dicho esfuerzo, se impondrá la dimensión necesaria del pensamiento utópico, deber pensarla que conducirá, además, a considerarla como pensar del deber para, en última instancia, verla emerger en su dimensión definitiva, como pensamiento trascendente o extático. A través de él, el hombre, por propia experiencia ser en devenir, se abre constantemente a nuevos posibles y, por ello, a lo ideal, a lo grande, a lo nuevo, a lo insólito, a lo inefable. Es, pues, la utopía signo de una energía pensante en devenir, es decir simultáneamente de su finitud y de su ansia de grandeza. En sus dos coordenadas: hacia adelante y hacia arriba.

He aquí el esquema del itinerario que tiende del hecho a su justificación:

1. del hecho (se piensa en la utopía) a la invitación a pensarla
2. de la invitación al esfuerzo por pensarla
3. del esfuerzo a la necesidad de pensarla
4. del deber pensarla al pensar del deber
5. del pensar del deber al pensar extático, trascendente.

1. El desconcierto utópico como desafío intelectual

La historia nos enfrenta con un hecho tan innegable como significativo: la utopía, antes y después de la aparición de la palabra, irrumpe una y otra vez, particularmente en épocas de crisis y esperanzas renovadas, en la historia del pensamiento. Los hombres inteligentes no han podido evitar pensar en la utopía. Pero ese hecho tiene rasgos desconcertantes por varias razones: a) por los atributos contrarios que se le adjudican; b) por las encontradas interpretaciones de que son objeto algunas de las obras fundamentales del género; c) por la desconfianza que engendra y las objeciones de fondo que se le hacen, las que brotan sobre todo de sus implicancias en la historia socio-política.

a) atributos contrarios

Una rápida ojeada por la literatura utópica obliga a atravesar una enorme masa de glosas contradictorias que conduce al límite de la desesperación. ¿Estamos frente a lo impensable? Sin embargo, en épocas fronterizas entre la descomposición y el renacimiento, ella

renace una y otra vez con fuerza capaz de dividir en campos hostiles a partidarios y antagonistas, tan fanáticos unos como otros. Los que —colmo de desventura y de ironía— no vacilan en otorgarle los mismos atributos que sus opositores.

He aquí algunas de las preguntas clave sobre la utopía: ¿abre o cierra el porvenir? ¿es organización planificada o más bien antiorganización? ¿es hostil o no a las instituciones? ¿es naturalista (según Rousseau) o anti-naturalista? ¿estética o anti-estética? ¿licenciosa o casta y austera? (Proudhon/Fourier contra Platón/Campanella (Saint Just/Péguy) ¿urbana o rural? ¿pletórica de memoria o sin memoria? (Soloviev y los rusos contra Péguy)...¹.

b) interpretaciones opuestas

Para atenerse a Tomás Moro y a su decisiva contribución al tema, la lectura de su obra ha dado lugar a infinitas exégesis de las que conviene rescatar dos, ambas bien fundadas, que se destacan con todo por sus orientaciones encontradas².

Se ha podido pretender, por una parte, que Moro elaboró su obra como una caricatura de la sociedad ideal de manera que su esfuerzo sería análogo al que realizó Cervantes en torno de la literatura caballeresca, y por otra, que de acuerdo a la lectura y la inspiración que un Vasco de Quiroga encontró en la "Utopía" para orientar su labor colonizadora en México, debe verse más bien en las fantasías del autor inglés la manifestación de una posibilidad real fundada, por otra parte, en un conocimiento cierto de la realidad americana de entonces. ¿Qué elegir? ¿La caricatura que, aunque sin olvidar el humor inglés, cubre de sarcasmos la elaboración fantástica de *maquettes* de ensueño, o más bien la fuente de inspiración positiva para llevar a la práctica una obra creativa de grandes ambiciones?... Nueva fuente de desconcierto.

c) Objeciones socio-políticas

Se centran particularmente en dos aspectos capitales: En un primer momento la figura del utopista surge como la de un soñador

¹ Para una visión de conjunto sobre la historia de la utopía cf. H. DESROCHE, artículo *Utopie* en la "Encyclopaedia Universalis", París; y sus libros *Les Dieux rêvés. Théismes et athéismes en Utopie*, Desclée, París, 1972, y *Sociologie de l'espérance*, Calmann-Lévy, París, 1973. Son también de gran utilidad los dos números consagrados a este tema por la revista "Esprit": 1974/4 (*L'Utopie ou la raison dans l'imaginaire*) y 1966/2 (*Perspective et Utopie*).

² Las dos interpretaciones aludidas en el texto se refieren a las posiciones defendidas por las Profesoras María M. Bergadá y Amelia Poletti en sus respectivas conferencias de dicho Ciclo de conferencias.

empedernido que conduce a un *impasse* irremediable. El intento de superar la distancia entre el deseo y la realidad, lo ideal y lo real, el principio del placer y el de la realidad es indicio de la impotencia fundamental del pensamiento. Se trata de un pensar incapaz de superar las contradicciones del mundo concreto en el que vive. No hay camino transitable entre la fantasía y la cruda realidad. El resto es evasión y fuga, mundo del ensueño y del delirio. Utopía y quimera coinciden.

A esta perspectiva se suma, en un segundo momento, la imagen del hombre utópico, no ya como simple soñador, sino como soñador peligroso porque sus sueños, al realizarse, tienden a transformarse en sociedades totalitarias. Plasmar *maquettes* delirantes de sociedades perfectas se acompaña casi siempre de programas de vida política que, en cuanto ideales, se transforman en normativos y adquieren fuerza de ley y pretensiones de intangibilidad. El utópico es un maníaco de la reforma organizada, planificada y termina encerrando a los hombres en terribles clausuras. Por eso el mismo Soljenitsyn ve en la "Utopía" de Moro el primer modelo de los campos de reeducación forzada tipo Goulag (cf. *El primer círculo*).

Se agregan así dos nuevos interrogantes a los arriba enumerados: ¿es la utopía totalitaria o no? (segundo aspecto que toca más bien la dimensión moral de lo político); ¿es científica o no? (primer aspecto que se refiere al análisis político-social en su valor metodológico científico).

No obstante estas objeciones y las precedentes dificultades, el hecho es claro: la utopía es un dato de la historia, ha dado y sigue dando que pensar. Somos, pues, invitados a pensarla, no sólo a pensar en ella, cosa que estamos haciendo desde el comienzo de estas líneas al presentar un cierto panorama histórico de lo que se ha dicho, bien o mal, sobre ella, sino a pensarla por sí misma.

He aquí entonces la primera cuestión: ¿es posible pensarla, o el desconcierto señalado muestra que estamos ante lo *impensable*? Es decir, ¿es posible darle lugar y rango de *categoría racional* legítima y consistente?

2. La utopía da que pensar

Un paso previo y breve por la historia de la utopía permitirá rescatar ciertas lecciones positivas de las que, luego, será posible extraer conclusiones de interés.

(1) Lecciones de historia

Una breve nota del opúsculo de Kant sobre *El conflicto de las facultades* permite abrir el camino. Evocando a Platón y otros impor-

tantes utopistas, Kant valoriza esos ensueños deleitosos (*süsser Traum*) que permiten a la mente (*denkbar*) aproximarse (*sich nähern*) a las realidades profundas del hombre en cuanto regidas por las leyes morales. En cuanto tal, ese pensar es un deber (*Pflicht*) para los gobernantes. ¿Será, pues, la utopía un pensar eminentemente ético?...³.

Más allá de las oscilaciones en la interpretación de *Moro*, es claro que la importancia de la primera parte de su obra, crítica, escapa a toda ambigüedad. Moro no mira con excesiva ternura a la sociedad de su tiempo y la conclusión del libro no deja al respecto lugar a dudas, incluso si es capaz de considerar absurdos muchos de los delirios escuchados de su interlocutor⁴.

Crítica y reforma, progreso y mejora son pues elementos incontestables y válidos de la facultad de ensueño del hombre. Así escapa a la prisión de la realidad que lo encierra.

En fin, el caso de *Vasco de Quiroga* pone de manifiesto la faz práctica, creativa de la utopía. Ella es capaz de tomar forma concreta y de no perderse en el mundo del ensueño. Utopía no es lo mismo que quimera.

(2) Conclusiones

El género literario utópico induce a hablar de la utopía no tanto como de un "concepto" referido a una "esencia" sino como de *funciones del espíritu humano* que se tildan de utópicas. Funciones particulares y conexas que frente a situaciones específicas, pasa (aunque no siempre) por un *triple estadio*:

— *crítico*, muy a menudo radical, de la realidad existente (generalmente social) cristalizada en una situación respetada hasta la veneración y, en ese sentido, ideologizada.

— *onírico, feérico, fantástico*: de la ruptura con lo existente pasa a la apertura a lo nuevo, lo insólito. Podría hablarse de un "realismo de lo imposible" que engendra el rechazo de las mentalidades "realistas".

— *constructivo, normativo; programático*: al intentar dar forma

³ E. KANT, *Der Streit der Fakultäten*, Werke Bd. 9, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968, p. 366, nota.

⁴ T. MORO, *Utopia*, Ed. Porrúa, México, 1975, pp. 80-81: "Así que Rafael terminó de hablar, recordé muchos detalles que me habían parecido *absurdos* en las leyes y costumbres de ese pueblo, no sólo... sino también, y en especial, el fundamento principal de todas ellas..."

Mientras tanto, y aunque *no puedo dar mi asentimiento* a todo lo que dijo Rafael, eruditísimo y gran conocedor de las humanas cosas, *he de confesar fácilmente que hay en la República de Utopía muchas cosas que desearía ver en las ciudades nuestras.*

Cosa que más que espero, deseo".

a lo "imposible" se plasma un conjunto de representaciones y/o proposiciones susceptibles de aplicarse concretamente en un nuevo cuadro de vida. De esta manera se cae casi siempre en el "idealismo de lo posible", es decir se idealiza a lo nuevo, se transforma en norma a lo insólito. Negándose a sí misma como fermento crítico y contestatario, la utopía deviene entonces ideología cerrada, reencontrando con otra modalidad el punto de partida que comenzó combatiendo. Universo claustral y concentracionario. Peligro y tentación constante, esta degeneración de la utopía lleva a algunos autores a ignorar la diferencia entre ideología y utopía aduciendo que "el paso de un contrario al otro no tiene nada de una dialéctica de contradictorios"⁵. Postura inadmisibles que, aparte de confundir el hecho con el principio, será refutada en lo que resta por decir más adelante.

En otros términos, si la función crítica subraya la oposición entre ideólogos (o defensores del *statu quo*) y utópicos, y si la función onírica marca el antagonismo entre realistas y utópicos, el tercer estadio muestra, en la figura de una utopía degradada, la conexión aberrante de Moro y Maquiavelo. Más exactamente, es la aplicación de los medios de Maquiavelo a los fines de Moro. Cabe preguntar: ¿para qué, por qué y en nombre de qué?...

Pero más allá de los excesos y deformaciones posibles, permanece el ritmo ternario de ese pensamiento funcional en sus tres momentos: crítica, ensueño o trascendencia y constructividad. Ese triple aspecto se impone como necesario y universal, inherente a todo juicio aun fuera del margen del campo socio-político. La utopía se presenta entonces como *pensar funcional de ritmo ternario*, ubicando su acento particular en el desplazamiento de la crítica a la aspiración trascendente o fantástica, aspiración que, por sí sola, tiende a restringir el campo de lo "imposible".

¿Es lícito dar un paso más?

3. Necesidad del pensar utópico

Pocos autores modernos han sentido más que E. Bloch la necesidad de aunar utopía (concreta) y esperanza afirmando la exigencia teórica de pensarlas⁶. Por mucho que su marxismo, aunque heterodoxo, le impida encontrar una recta vía de acceso a la solución, él ha bien visto la necesidad de elaborar la dimensión filosófica de la esperanza que fermenta en el mundo, de apuntar conceptualmente a *lo-no-devenido-todavía* y a *lo-nuevo-posible*, realidades según él

⁵ St. BRETON, *Théorie des Idéologies*, Desclée, 1976, p. 29.

⁶ *Das Prinzip Hoffnung*, Suhrkamp, Frankfurt, 1963.

dejadas de lado por la filosofía en beneficio de la mera contemplación del pasado. Se llega así a la *docta spes*, a la esperanza esclarecida, al saber de la esperanza.

Pero no es a Bloch a quien pediremos luz para internarnos en las profundidades del pensar utópico. Aún a riesgo de asombrar, recurriremos a Anselmo de Canterbury, el famoso autor de la mal llamada prueba "ontológica" de Dios. Su frecuentación ayuda, primero, a sensibilizarse a este modo de pensar, y luego, proporciona elementos de suma utilidad para fundarlo seriamente como categoría racional.

Siendo imposible exponer su mecanismo en todos los detalles será necesario limitarse a lo esencial, aun a riesgo de que la exposición deje deslizar algún elemento de interpretación excesivamente personal.

He aquí los rasgos esenciales:

a) hay un dato que, una vez presente a la conciencia pensante, se le impone con necesidad como dato real, como presencia real, y además como regla de pensamiento.

Una vez que lo *insuperable* (*id quo maius cogitari nequit*) es visualizado por la inteligencia, se descubre, primero, como aquello que *hace* pensar, gracias a la dialéctica de la grandeza que Anselmo expone contra Gaunilo⁷, y segundo, se impone como lo que *regula* el pensamiento en la medida en que, por ser insuperable, no es pensable, no es objeto de pensamiento. Esa regla desborda la energía pensante siempre en movimiento dinámico hacia una grandeza mayor. Dicha regla de pensamiento se impone, pues, con *necesidad* y no puede no ser pensada como *real* ya que funda la existencia misma del dinamismo y del mecanismo del pensamiento.

No interesa subrayar aquí si con eso se prueba o no a Dios. Importa el modo de pensar que, a mi entender, es lícito calificar de utópico. En efecto, la inteligencia es invitada a *trascenderse* continuamente en la línea de la grandeza y de lo perfecto. Índice de una situación de creatura que experimenta su contingencia, su finitud⁸. En líneas generales, su mutabilidad, su sometimiento al devenir.

b) Ese dinamismo, nótese bien, *culmina* y *no culmina*. *Culmina* en una *regla*, no en un objeto de pensamiento (lo más grande pensable), luego funda y no acaba ni termina la movilidad del pen-

⁷ Cf. la *Responsio* a Gaunilo, n. 8.

⁸ Para Anselmo, a partir de su situación religiosa. Como bien lo dice P. VIGNAUX, el genio de Anselmo se manifiesta en el hecho de "convertir une maxime d'adoration en règle dialectique", *Saint Anselme, Barth et au-delà*, en "Les quatre fleuves" 1, 1973, p. 90. (reproducido en *De Saint Anselme à Luther*, Vrin, París, 1976).

sar humano. Al ser inalcanzable, insuperable, excita las energías pensantes a superarse continuamente⁹.

No culmina en la medida en que se la interpretara como un objeto, aunque fuera el más excelente imaginable. En eso reside el sentido fundamental de la réplica de Anselmo a Gaunilo, el cual no por azar equipara al “insuperable” con la isla más perfecta que pudiera soñarse (¡ lo que, por cierto, nos pone en una perspectiva de literatura utópica!). Anselmo rechaza y destruye esas artimañas. La grandeza insuperable que regula su pensamiento nada tiene que ver con la *maquette* de un ser omniperfecto como si se tratara de una fantástica isla de ensueño. El “Ser” al que apunta —y sólo apunta— la conciencia del hombre sediento de perfección no es eso: un Objeto. Es más bien lo que soporta y funda el mecanismo de su acto de pensar en marcha incesante hacia la perfección.

Una vez más, prescindiendo del carácter de prueba de Dios, conviene reducirse a lo esencial de este procedimiento. El mecanismo de la razón:

— está impulsado y regulado por una energía que lo lleva a *trascenderse* en la línea de la grandeza (*maius, melius*);

— impulso que se edifica sobre la *crítica* de la realidad existente y también del pensar anterior (lo más grande a partir de lo menos grande, y la prueba del *Proslogion* sobre el descarte de las del *Monologion*, y sobre la refutación del *insipiens*, primero, y de Gaunilo, en último término);

— impulso, en fin, que *no se cierra ni concluye*. El fin del *Proslogion* es una invitación a la esperanza escatológica cristiana y, además, a la lectura de sus otras obras.

Por lo tanto ese pensar desencadenante de energías interminables es, a los ojos de Anselmo, necesario. El hombre no puede ni debe pensar de otra manera si quiere hacerlo rectamente. Añadamos por nuestra parte que ese pensar necesario, o mejor, esa manera necesaria de pensar puede ser tildada de utópica y que, tratándose en el caso de una pretendida prueba de Dios, cualquiera sea su valor en cuanto tal, más valdría calificarla de prueba utópica que de prueba ontológica¹⁰.

Así, pues, si la utopía se presentó primeramente como un pensar funcional, se revela ahora como un pensar necesario, como una manera necesaria de pensar por constante superación, y en ese sentido

⁹ En eso consiste, a nuestro parecer, lo más significativo de la exégesis barthiana del argumento de Anselmo en su famoso libro *Fides quaerens intellectum. La preuve de l'existence de Dieu d'après Anselme de Canterbury* (trad. fran.), Delachaux et Niestlé, Neuchatel, Suisse, 1958, pp. 65-79, esp. 71 y 78.

¹⁰ En la medida precisamente que no hay ningún salto de la idea a la realidad, de la esencia a la existencia, sino —como lo dice H. BOUILLARD comentando a Barth y a Pai-

como un *deber pensar así*. El ritmo ternario de la función utópica mostraría un paradigma de operatividad espiritual, una especie de modelo regulador teórico aplicable por el pensamiento a todo el conjunto de la actividad humana, sin que deba por eso, confundírsele con un instrumento de acción concreta en lo cotidiano. Podría designarse a este paradigma como el método para marchar y no para dar por terminada la marcha, como la itinerancia rítmica del espíritu humano que está llamado a no detenerse nunca en el camino. Itinerancia que apunta a algo infinito, que produce una ruptura constante con lo logrado, que impulsa a conquistar nuevas realizaciones. Ese paradigma así delimitado es regla del pensamiento que opera de acuerdo a su mecánica reguladora sin poder impedirlo. ¿Cómo? ¿por qué? ¿a qué se debe?: he ahí al menos planteada, si no resuelta, la cuestión de Dios¹¹.

4. Carácter ético de la utopía: pensar del deber

Al volver a la perspectiva socio-política, terreno mejor abonado por y para la reflexión sobre la utopía, es posible encontrar nuevas informaciones que permitan avanzar en este itinerario.

llard— en la medida que se trata “d’un mouvement ascendant vers la limite de ce que la pensée peut contenir... de la nécessité (intrinsèque) ... (non pas) d’une essence conçue, mais de celle d’un mouvement, d’une ouverture, d’un dépassement... La pensée que se tourne vers Dieu a un caractère unique” (cf. *La preuve de Dieu dans le “Proslogion” et son interprétation par K. Barth*, Spicilegium Beccense, I, Vrin, París, 1959, pp. 196-7). De lo que se puede inferir que el carácter único de esta estructura de pensamiento se vuelve necesariamente hacia Dios, y que el rol de la prueba consiste entonces en manifestar la estructura racional de ese reconocimiento divino en cuanto es un acto nuestro, mejor, ése acto específico nuestro (ib., p. 207, nota 77).

¹¹ Es decir, el hombre es capaz de *comprenderse a sí mismo* —rol de la antropología filosófica— como capaz de *designar* necesariamente con su energía pensante a una *realidad* que lo trasciende, y que suele llamarse Dios.

Ahora bien, poner así la cuestión de Dios, equivale: a) a tomar conciencia del poder humano de *construir necesariamente* una “idea” de Dios, mostrando al mismo tiempo el carácter único de dicho pensamiento, y b) tomar también conciencia del *testimonio* que esa “idea-regla” se da a sí misma en nuestra energía pensante. Ella es literalmente *don* en la medida que regula y no es regulada, dándose cómo y cuándo quiere. Por eso para Anselmo la prueba es vivida como *experiencia de un descubrimiento, acontecimiento* donde irrumpe la realidad de una Presencia Trascendente (cf. *Proslogion, Praefatio* y cap. 4).

Pueden compararse estas reflexiones con las que Et. GILSON hace sobre Anselmo y sobre todo Descartes en su antiguo y sugestivo estudio: *Études sur le rôle de la pensée médiévale dans la formation du système cartésien* (Et. de Phil. Médiévale 13), Vrin, París, 1930, p. 233.

De la misma manera, como lo insinúa P. VIGNAUX, este estudio podría y debería articularse y completarse con las teologías franciscanas del Infinito, soberanamente libre y desbordante de amor. Pensar la divinidad como Infinita es entrar en el movimiento que se dirige hacia el “Dios siempre más grande” de la adoración anselmiana. Cf. *Penser Dieu révélé en Jésus: philosophie et théologie*, en “Les quatre fleuves”, 4, (1975), pp. 61-76, esp. 69.

El texto de *Kant* anteriormente citado, al valorar el rol onírico de la utopía, recordaba su importancia y su obligatoriedad (*Pflicht*) a los gobernantes. Indicio neto de su carácter ético. Ella expresaría entonces la distancia entre el ser y el deber ser. Recular ante lo real existente no sería entonces sinónimo de fuga y evasión, sino visión amplia de una realidad que desborda la pura necesidad fáctica. Lo que pone en la vía de confesar que sólo un mundo de valores es legítimamente humano y que la *búsqueda* de un modelo *ideal* integralmente humano es la *exigencia* fundamental capaz de juzgar toda realidad y declararla precaria, falsa e inhumana. Mundo del deber que remite a un mundo de valores y de fines: la utopía como pensar ético se distingue así de la pretendida necesidad ineluctable de la ciencia aplicada al terreno del hombre y de la sociedad (y por extensión a la misma naturaleza).

Esa búsqueda imperiosa de un ideal debido puede ser legítima y útilmente relacionada con ciertos datos de la tradición clásica *aristotélico-tomista* referentes al mecanismo de la razón práctica y al terreno de la moral prudencial en particular. Bien sabido es que, en esa doctrina, un triple acto articula el discurso práctico ético: *consilium-iudicium-electio* (o *praeceptum*). Ese triple momento —que podríamos traducir por discernimiento-estimación/compreensión-opción— se emparenta estrechamente, por una parte, al movimiento de conjunto con que se describió la triple dimensión funcional utópica; él permite también, a la luz de la especial iluminación “moral” que recibe la razón práctica del ideal moral general de todas las virtudes¹², una mejor captación del carácter ético de la utopía.

La razón práctica, en su afán de obrar convenientemente, de realizar el bien debido, toma fuerza, aliento y luz en el inmenso ideal moral enunciado por la *sindéresis* (*Bonum faciendum, malum vitandum*) al que aspira naturalmente su voluntad y al que trata de dar libremente forma en sus gestos concretos. *Ideal del hombre bueno* (del hombre racional, según Tomás) que sueña con encarnar en su vida concreta los grandes designios de las virtudes morales.

Pero dicho ideal no capacita por sí solo a la razón práctica y bien dispuesta, para hacer una lectura acabada de la situación concreta y, por lo mismo, para ofrecer un diagnóstico preciso e infaliblemente correcto sobre la actitud a tomar en tal situación. Para decirlo con un ejemplo, la magnífica disposición virtuosa del samaritano que lo impulsaba a encarnar en los hechos concretos su adhesión inquebrantable a un ideal de supremo desinterés y generosidad, le permi-

¹² Es clara la referencia a las clásicas doctrinas tomistas sobre la *sindéresis* y la conexión de las virtudes morales en la prudencia.

tió, según la enseñanza de la parábola, convertirse en ejemplo acabado de hombre bueno y virtuoso (en su género). Pero lo mismo hubiera sucedido si, eventualmente y fuera del marco evangélico, él hubiera manifestado las mismas disposiciones frente a un malhechor que, gracias a una ingeniosa *mise-en-scène*, lo hubiera hecho sucumbir a un lamentable engaño.

Así, pues, la utopía como pensar del deber ético que surge de la atracción hacia un ideal admirable de conducta, no puede ser instrumento de acción en lo cotidiano. Ella no muestra el pasaje de los modelos a la realidad concreta; así, en el terreno socio-político, no enseña jamás la técnica de la toma del poder ni del buen funcionamiento del gobierno. Y cuando pretende hacerlo idealiza y fracasa. Pero su rol no es por eso menos indispensable ni menos práctico. Si no bastan los buenos sentimientos para obrar bien y eficazmente (no sólo en el terreno político), es igualmente claro que una acción que se encierra en la pura racionalidad de los medios (técnicos o no) sin abrirse al ensueño de los espacios ideales, siempre nuevos, jamás agotables —y entre ellos a los más fundamentales que se refieren a las posibilidades inéditas de lo humano—, no escapa fácilmente a la irracionalidad conflictiva ni a los delirios ideológicos¹³.

Por lo tanto, el deber pensar utópico se transforma en un pensar del deber ser, bien comprensible sólo como aproximación incesante a un ideal que regula la conducta concreta. Ese deber-ideal expresa, como se dijo, la distancia entre el puro ser fáctico y el deber ser. Conviene insistir: recular, distanciarse de lo real no es ya sinónimo de fuga o evasión sino mayor fidelidad a una realidad que nos sobrecarga. En última instancia, el hombre. Es un pensar por superación, por exceso. Un pensar orientado de manera trascendente. Y sin embargo, en modo alguno pierde su carácter *cultural*, ya que la misma distancia entre ser y deber ser se agudiza gracias a la encrucijada histórica en que generalmente irrumpen las utopías. Herramienta y recurso de épocas de insatisfacción y de crisis, ella modela la esperanza de los hombres los cuales, quizá sin saber bien qué es lo huma-

¹³ Sería interesante establecer aquí una comparación con ciertas reflexiones de autores modernos diversamente inspirados. Así, por ejemplo, P. -J. LABARRIERE, *Plaidoyer pour l'intelligence*, en *Etudes*, janvier 1978, pp. 85-100, y février 1978, pp. 233-244. Este conocido jesuita hegeliano propone una "reflexión operatoria" de la inteligencia centrada en tres momentos: sumergirse en las cosas (*séjourner*), tratar de armonizar, gracias a un movimiento de unidad, los elementos dispares del primer momento en vista de una coherencia más rica (*comprendre*), y volver a la experiencia siempre novedosa de las cosas con plena conciencia de su relatividad enemiga de todo carácter absoluto (*relativiser/relationner*). El mismo autor establece un paralelo explícito con la famosa divisa "ver-juzgar-obrar" de ciertos movimientos apostólicos cristianos, la que, como es sabido, se inspiraba en la metódica tomista de la acción.

no, no aceptan sin embargo, a partir de determinadas adquisiciones históricas, volver a caer en lo inhumano, en lo que niega la dignidad humana. Importante perspectiva para analizar, por ejemplo, la relación entre utopía y derechos humanos¹⁴.

5. La utopía pensar de la Trascendencia

Al afrontar este último paso conviene recapitular los precedentes. La utopía, pensar *funcional*, se mostró primero como expresión de un *hombre* inquieto, en perpetua insatisfacción, índice de su perpetuo devenir. En un segundo momento, el carácter *necesario* de dichas funciones, especialmente en su instancia onírica de apertura a una grandeza trascendente, llevaba, gracias a la lupa anselmiana, a mostrar al hombre pensante como cuestionador de una realidad que lo supera y qué es en sí misma insuperable. Aparecía así el mismo hombre como *cuestión de Dios*. En tercer lugar, ese deber pensar de manera trascendente se imponía como pensar del deber, de un *ideal debido* cuya sollicitación el *hombre*, so pena de renegarse, no es libre de rechazar. El hombre, pues, siguiendo esta línea de pensamiento, se encuentra ligado, regulado, en el método de su pensamiento y en sus mismos contenidos. El hombre, captado primero como ser mutable, en constante devenir, es captado luego como contingente, como dependiente, en cierto modo como efecto. ¿Deberá entonces decirse que el proceso espiritual orientado de modo trascendente lleva ineluctablemente a la Trascendencia? Sea lo que fuere de la sugerencia sobre el origen religioso de la utopía, propuesta por algunos pensadores¹⁵ ¿habría que rehusar la concepción de la utopía reducida a un puro proceso de trascenderse (un trascender sin Trascendencia) para concluir resueltamente en una neta afirmación del Absoluto Trascendente, de *Dios*? En otros términos, el hombre utópico, y necesariamente utópico como se ha mostrado, no sólo plantea la cuestión de Dios sino que él mismo responde por el solo hecho de plantearla. Aceptarse como ser utópico es entrar en un proceso que, bien conducido y respetando libremente su lógica, lleva a la superación de la auto-trascendencia, a seguir el impulso extático que nos entrega en brazos de una Alteridad Trascendente e Inmanente al mismo tiempo.

El hombre que, enfrentado con el ideal debido se siente desbordado por él como el efecto por su causa (final), es ulteriormente

¹⁴ Cf. por ejemplo, el reciente número de la revista "Le Supplément" (1978) consagrado a los Derechos Humanos. En perspectiva protestante, ver G. VAHANIAN, *L'Eglise et l'Utopie*, Cerf, París, 1978.

¹⁵ Cf. V. MASSUH, *La libertad y la violencia*, Ed. Sudamericana, 1969, pp. 168, 169, 176.

conducido a asumir en *libertad* su misma estructura y a reconocerse como búsqueda de una Trascendencia. Si no es libre de percibir la solicitación de un ideal que le impone sus exigencias excesivas, es sin embargo libre de rehusar el reconocimiento de esa Trascendencia al que todo su dinamismo tiende. El hombre puede o no admitirse como recibido de ese Otro. Puede o no llevar a término el éxtasis de su espíritu.

En resumidas cuentas, el hombre:

- se percibe ante todo como ser inquieto en perpetua apertura a nuevos posibles;
- luego, como llamado a trascenderse en un insuperable que no puede ser realizado (lo que plantea la cuestión de Dios);
- tercero, como solicitado por un ideal debido que le pide ser encarnado de algún modo, aun teniendo conciencia de su precariedad;
- en fin, como enfrentado con su libertad la opción decisiva: aceptar o no la trascendencia de su propio proceso de auto-trascendencia, afirmando la realidad de un Trascendente, de Dios. Afirmación que es un verdadero éxtasis del Espíritu.

En este punto deberían plantearse los problemas típicos de la imaginación religiosa. Así como la utopía social culmina general y desafortunadamente en la exaltación de ciertos proyectos o modelos, frutos de la imaginación social, así también el éxtasis de la utopía religiosa tiene sus manifestaciones típicamente imaginarias. Movimientos apocalípticos y mesiánicos, evangelios del Reino eterno y otros tipos de fermentación religiosa no son sino expresiones de la misma solidaridad entre utopía e imaginación.

Pero, si ya en el terreno socio-político es necesario mantener una distancia desconfiada de la imaginación y de sus proyectos, con mayor razón será necesaria la cautela en el ámbito de la utopía religiosa. Es ahí, sobre todo, que debe jugar su rol esa “nada imaginaria” de la que algunos hablan¹⁶, equiparable al cero de los matemáticos y al signo de la Cruz de los cristianos, que se revela, en el seno del proceso operativo del espíritu¹⁷, como fermento de transgresión constante, como elemento nulo de un dinamismo incontenible contra todo confort espiritual y material, como instancia que juzga y que no se puede recusar¹⁸.

De esa función de la imaginación deberá afirmarse, más todavía que en el orden socio-político, su carácter necesario e insuficiente, la exigencia de que vuelva siempre a su punto de partida: el hom-

¹⁶ St. BRETON, l.c., pp. 47-48, 93-95, 123...

¹⁷ *Ibidem*, pp. 96-97, 118: *opérateur de transcendance*.

¹⁸ *Ib.*, p. 129... La reflexión sobre la ideología se resuelve, pues, en una reflexión sobre la utopía.

bre. Es él quien mide sus realizaciones que él desborda, pero esto sólo es posible porque el hombre, si bien se proyecta en sus realizaciones, es desbordado, en sí mismo y en sus obras, por una Trascendencia que le muestra y le impone al mismo tiempo sus impulsos infinitos, sus límites y sus exigencias. En ese sentido puede admitirse la frase de Bloch: "Su base y correlato (del hombre utópico) es el Proceso, el cual no ha expresado todavía su contenido más inmanente y que se encuentra siempre en movimiento"¹⁹. El hombre siempre en movimiento es devuelto a sí mismo, a su contenido más inmanente que no es él mismo sino el Otro Trascendente (*Deus intimior intimo meo*, decía Agustín), o si se prefiere, que es él mismo en cuanto creatura e imagen de Dios, en cuanto participación siempre inadecuada del Insuperable cuya adecuación busca con toda la fuerza de su ser. Ese proceso de un hombre en devenir se aboca, pues, a un *eterno presente* como tránsito entre pasado y futuro, a través del ritmo ternario que se acentúa en el polo de la *trascendencia, simultáneamente* ruptura y distanciamiento, afirmación de una grandeza inalcanzable e intento de plasmarla en moldes nuevos y siempre superables. Como en un gráfico que los uniera con una línea vertical dentro del triángulo formado por los tres polos del ritmo ternario, el hombre utópico y la Trascendencia formarían el eje central que daría vida a todo el conjunto. Quizá eso puede llevarnos a sospechar por qué una meditación de este tipo debe necesariamente conducir a la figura del Hombre-Dios.

III – CONCLUSION

Sería difícil decir, al terminar este recorrido, si es posible hablar de un "concepto" de utopía. Pensamos más bien que no. Ni siquiera de un tipo de pensamiento, sino más bien de un ritmo necesario del pensamiento. Y eso en cualquier tipo de juicio que se ejerza.

Importa agregar, además, que la utopía subraya un aspecto indispensable de la razón práctica que desborda incluso sobre su faz específicamente teórica. Más que tratar de conceptualizar la utopía convendría comprenderla como un *paradigma de operatividad* del espíritu humano, de un modelo regulador teórico para el conjunto de las actividades del hombre. Pero importa insistir que ese mecanismo operativo es esencial al hombre, que es el mismo hombre en actividad. Pensar, pues, la utopía es pensar la necesidad de pensar utópicamente, de pensar así, construyendo de ese modo el propio pensamiento, la propia acción. Por superación constante, por auto-trascendencia que llama a una Trascendencia fundante. Pensar la uto-

¹⁹ Cf. V. MASSUH, l.c., p. 168 citando a Bloch, l.c., I, p. 166.

pía, insistamos, significa captarla en ese núcleo rector y comprender su ineluctabilidad.

¿Cómo calificar esta conclusión? ¿De optimista, de quimérica?... Poco importa. Es una realidad que todo ser racional siente en sus fibras más hondas un llamado a ser cada vez mejor y mayor (*maius et melius*, como dice Anselmo), irreductible por profundidad a todas sus traducciones y más aún a sus tergiversaciones. Hoy se habla de promoción de todo el hombre y de todos los hombres. Pues bien, aprender a juzgar de la propia promoción y a obrar en pro de la propia perfectibilidad (o de la simple mejoría) —tarea nunca acabada y no sólo en el terreno socio-político— implica abrir bien amplias las puertas a la novedad de lo posible: no encerrarse en la limitación de los contornos existentes, explorar espacios nuevos, plasmar formas de vida más dignas del hombre. Aprender a discernir innovando: tarea esencialmente *pedagógica*. Último rasgo de la utopía. Ella da derecho de ciudadanía a la novedad en la vida del hombre concebida como pedagogía continua. No hay, pues, auténtica pedagogía sin utopía bien entendida, expresión de un auténtico espíritu reformador. Más aún, estaríamos tentados de agregar: no existe un espíritu humano no utópico. O se es utópico, aún sin saberlo, o bien, oponiéndose a ello se degrada al hombre. Allí están las ideologías, utopías degradadas que conducen, quiérase o no, a la perversión de lo humano. La historia, tanto religiosa como profana, está llena de tales incongruencias.

Nada extraño es entonces que ese gran maestro del discernimiento que fue Paulo VI haya sido el primero en introducirla oficialmente en el Magisterio social de la Iglesia. Por muchos otros motivos, pero también por ese, su Carta *Octogesima Adveniens* contará entre las más genuinas glorias de su Pontificado y entre los testimonios más acabados de la presencia de la Iglesia en la fermentación cultural del siglo XX²⁰. ¿Cómo olvidar que es en semejante espíritu que invitó a construir una *civilización del amor*?

En fin, cuando el hombre utópico que reflexiona es, además, cristiano, tiene nuevos motivos para tomar una conciencia más aguda y cordial (en el sentido pascaliano) de la importancia de esta manera de pensar. A través del impulso para tender siempre hacia adelante y hacia arriba se delinea para el cristiano el camino hacia Aquél que cierra el ritmo de la utopía para resolverla en su última instancia. Como dice Agustín comentando los Salmos, "*Ipse (Deus) post hanc vitam sit locus noster*"²¹. *Locus*: el lugar, el *topos*, no el *u-topos*.

²⁰ Cf. *Octogesima Adveniens* n. 19, y también y de manera más pronunciada en el Mensaje para la Jornada de la Paz del 1-I-1976.

²¹ *Enarratio in Psalmos*, XXX, sermo 3, n. 8 (donde interpreta el salmo 72).

Superados estarán entonces el realismo de lo imposible y el idealismo de lo posible, de los que se habló al comienzo, pues no habrá sino sólo *posible* y sólo *real*. Pero ¿es ésta la última palabra? Se puede dudar, ya que la tradición teológica griega —en esto no desmentida por el latino Agustín— enseña a distinguir entre la visión de Dios en la otra vida y su incomprehensibilidad. Con lo que la eternidad parece reservar todavía un último espacio para la utopía. En verdad, la eternidad no es la confusión sino el abrazo pleno del Infinito y de lo finito.

EDUARDO BRIANCESCO